El Velo Interior

El Velo Interior
Miguel Ángel Correas Enríquez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418074776

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Miguel Ángel Correas Enríquez
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

El Velo Interior

Miguel Ángel Correas Enríquez

«Para mí, escribir es despreciarme; pero no puedo dejar de escribir. Escribir es como una droga que me repugna y tomo, el vicio que desprecio y en el que vivo. Escribir, sí, es perderse, pero todo se pierde, porque todo es pérdida. Pero yo me pierdo sin alegría, no como el río en la desembocadura para la que nació desconocido, sino como lago formado en la playa por la marea alta cuya agua nunca más regresa al mar.

Moverse es vivir. Decidirse es sobrevivir».

Fernando Pessoa

ÍNDICE

Cómo se inició la novela 15

Capítulo primero.
Secuencias que desconocía en el puente del Kursaal 17

Capítulo segundo.
Experiencias y reflexiones 35

Capítulo tercero.
Confesiones íntimas de mi vecina 47

Capítulo cuarto.
Cómplice de las vicisitudes de una vida 63

Capítulo quinto.
Una imagen, un único destino 125

Nota del autor 137

El Velo Interior es la unión de distintas y emotivas historias, que vive como suyas su principal protagonista; en ella interviene una joven, cuya imagen le acompañará en el inicio y final de esta conmovedora historia que, para su sorpresa, encontrará en sus diarios paseos matinales. Subida en un pedestal, sin movimiento, aparentemente ausente. Hasta que finalmente un chaval, testigo mudo de su misma experiencia, un día sale a su encuentro y le comenta que la muchacha que tan honda impresión le creó, preguntó por él. La joven quiere confesarle que le empujó a mostrar aquella imagen en distintos pueblos y capitales de provincias. Y él, que quiso saber que la empujaba a vivir aparentemente en perpetua soledad, se muestra interesado, necesita reunirse con ella. Quiere saber qué era aquello que le animó a tomar aquella decisión, y le escucha, a la vez que se asombra por su testimonio; entiende que, a pesar de llevar ambos caminos diferentes, están abocados a un único destino, poco o nada les separa.

La novela que tienen en sus manos está inspirada en un momento crucial de mi vida, cuando, cansado de esperar, quise encontrar una solución que no logré. De esto hace muchos años y la guardé en un cajón, al creer que estaba acabada. Alguna vez la repasé, algunas cosas intenté cambiar, pero desistí de mi propósito; me di cuenta de que un simple cambio podía distorsionar lo que procuré transmitir una mañana en la que caminaba por el paseo de las Ramblas de Barcelona, y observé diferentes figuras que parecían ser reales. La primera imagen logró impactarme.

Me detuve para mirarla; la perfección de la escultura y el acabado de las prendas que su cuerpo arropaban, sugirió que me acercara con curiosidad. Quise tocarla con la palma de la mano, me quedaban dar dos pasos y fijé la mirada en su rostro. Su ropa, sus manos, su figura, resplandecía como el metal, posiblemente era de bronce. El brillo de sus mejillas y frente parecían confirmar que la pudieron esculpir con aquel material. Me extrañó que únicamente su rostro se mantuviera limpio y brillante. «Posiblemente otras personas con un pañuelo la frotaran para recuperar su color», pensé. Me acerqué un poco más, quería saber cómo esculpieron sus ojos. Los miré y la sorpresa me embargó al constatar que no correspondían con la imagen, eran reales. Entonces descubrí que no se trataba de una escultura, se trataba de una persona que, ataviada con un gorro y uniforme del siglo XV y dedicó su tiempo para mostrar la escultura más emblemática de la capital, que no es otra que la imagen de Cristóbal Colón, que con su brazo alzado y el índice de su mano, indica el rumbo a seguir para navegar a las Américas. No acababa de asimilar tan honda impresión que me creó, y de pronto, según caminaba a pocos pasos me encontré otras figuras que suscitaron igual interés; ninguna se parecía, un color dorado como el oro adornaban sus ropas, otras vestían telas finas que, acompañadas de los rayos del sol del mediodía, acentuaban el brillo de las prendas que arropaban a las imágenes que nunca llegué a ver en otro lugar. Transmitían paz que necesita el cuerpo y alma. La misma que en mi interior guardé y mantuve en silencio.

Los rayos del sol se filtran por los finos huecos de la persiana. Desperté al sentir entrar la claridad, la oscuridad de la noche me abandonaba, dando paso a la luz. Luz que añoraba y que durante mucho tiempo se acomodó en mi mente, y no despertaba. La mañana de aquel nuevo día, extrañamente anunciaba que, renovada, saliera de su letargo. Me froté los ojos y quise aprovechar esos momentos para recuperar recuerdos guardados en la memoria, para luego dejarlos marchar. Había llegado la hora, no podía permitir por más tiempo que permanecieran, y para procurar olvidar, opté por escribir. Anotar en un papel lo que en esos precisos momentos sentía. No me ocupó mucho tiempo expresar, aquello que en mi interior guardé. Se podía considerar un baúl cerrado, sin llave, que esperaba ser abierto si llegaba la ocasión. No podía desaprovechar la oportunidad, necesitaba vaciarlo. No dejar nada en su interior. Y con una impronta decisión deseché todo lo que en él guardé, gracias a la escritura, y a la ayuda de la hoja de un cuaderno; luego lo leí. La lectura no me resultó grata. El motivo, no lo sé. Puede ser que, al recuperar acontecimientos presentes y duros, no me agradara. Debía ordenar mi mente; lo intenté, pero no pude. Ahora tenía las armas con las que poder luchar, antes no. En aquellos momentos estaba en tratamiento con Sovaldi. Seis semanas me quedaban para terminar con el daño que me provocaba esta enfermedad. No podía ser generoso con ella, no se merecía menos. Pero, a pesar de ser cierto lo que dejé reflejado, no me sentí bien. El motivo, no lo sé. Puede ser que después de permanecer tantos

años en mi cuerpo pensara que perdí algo que formó parte de mi vida, que no quería, ni me quería dejar. Así lo interpreté, una vez que reflejé mi experiencia en un folio blanco, sin líneas, recuerdos del pasado y el actual presente que, unidos ambos, estaba encaminado a afrontar, para, en la medida de lo posible, tratar de olvidar ingratas experiencias. Las mismas que para mí guardé, durante años, en un complejo silencio.